



Mirta Yañez

Para contar una historia de Navidad

A Camila Henríquez Ureña in memoriam

Se despierta y de momento no sabe dónde está. Desde el segundo piso del edificio se deja oír un ruido como de... piedrecitas que caen. Una luz pulverizada anega el pasillo de la derecha.

El personaje, el profesor, está solo en la Facultad durante la madrugada del 25 de diciembre. Cubre la guardia de vigilancia y se había quedado dormido después de recorrer todo el lugar y apagar las luces de las aulas y las oficinas. Recuerda que la única luz que debe manifestarse encendida es la del vestíbulo. Así que, por lo pronto, se sorprende y se despabila por completo. Revisa la caja central de electricidad y comprueba que todas las clavijas siguen en estado de interrupción.

Piensa en usar el teléfono. Son las tres de la madrugada y la ciudad duerme. Pero aunque fueran las doce del día tampoco tiene a quién llamar. El panorama afuera le parece desapacible. La portalada y el cruce de las avenidas Zapata y G, con los arbolones en sombras, se iluminan a ratos con los reflejos del semáforo. En comparación, al viejo edificio de Letras lo siente como chocantemente acogedor.

Desde el zaguán de la derecha, en dirección al Departamento de Literaturas Hispánicas, el suyo, se derrama un resplandor nebuloso, y aquel ruido como de piedrecitas que caen.

Es Navidad, recuerda, fecha en que según se cuenta suelen hacerse visibles los incubos, los fantasmas. Al personaje no le interesa la franja que linda el mundo de los muertos con el mundo de los vivos. Una presencia del más allá es lo menos que puede ya ocurrirle. Él mismo, durante los últimos diez años, se ha convertido en un ánima en pena. Muerto en vida, que es lo peor.

El profesor acaba de cumplir los cincuenta años, está solo, la ciudad se cae a pedazos a su alrededor, ya no le gusta dar clases, la rutina de cada día lo quebranta como una maquinilla de moler carne. La desesperanza y el aburrimiento agostan sus horas libres, las pocas que quedan fuera de su exhausta sobrevivencia en La Habana de fin de siglo.

Decide investigar qué ocurre allá arriba. Sube la escalera, cruza la antesala del claustro y se dirige al Departamento. Cuando abre la puerta, aparentemente ve lo mismo que siempre: unos estantes con libros adosados a la pared, una mesa satélite con una decrepita máquina de escribir, un buró, unas sillas y el mueble que llaman "el sillón de Camila". Lo único diferente consiste en esa luz polvorienta que sale de ni se sabe dónde y ese ruido, que no puede identificar aún, intermitente, opacado ahora por sus propios pasos.



Algo está pasando allí. El personaje es un descreído. Sin embargo, por su profesión ha leído, ha estudiado, ha meditado sobre aquellos que a veces parecen volver, con cuentas pendientes, a cumplir un llamado, a ejercer un castigo. En todo caso, percibe que la presencia es de índole benigna.

Se queda de pie ante el sillón. Ese rumor, esa cadencia. Ese ruidito... ahora lo reconoce. Es el susurro del pasar, una tras otra, las hojas de un libro. Ras, una hoja, un lapso, ras, otro pliego, otro intervalo, ras, la página siguiente... ¡está leyendo!

La quimera, el fantasma, lo que fuese, está leyendo.

El profesor sale del Departamento y cierra con suavidad la puerta. No quiere interrumpir. Comprende que tanto o más que a las personas de este mundo, la presencia añoraba sus libros. Advierte que ha llegado allí para finalizar la despedida, el último acto: no había alcanzado a terminar una lectura.

El personaje vuelve a su sitio en el vestíbulo. Escucha ensimismado el transitar de los folios de un libro y se va reconciliando, se siente en compañía, confortado en su soledad por primera vez en mucho tiempo. Recompone su antigua armonía, aquel ruidito lo abastece de una paz que casi había olvidado. Le entran ganas de releer aquellos libros amados y que hace tanto que no desempolva de su librero. Rompe el alba del día de Navidad. Se dice que, a veces, los muertos nos guían por los senderos de la vida.